

# Carta de Nueva York

## 75 años de *The New Yorker*

José Antonio de Ory

Uno puede, muy probablemente, no haber oído siquiera hablar de Eustace Tilley. Y sin embargo su imagen de aristócrata engolado y altanero que, ataviado de levita y chistera, examina una mariposa rosa a través de un monóculo, nos es tremendamente familiar. No en vano esa imagen, un dibujo de Rea Irvin, tuvo tanto éxito como primera portada de *The New Yorker*, el 21 de febrero de 1925, que siguió apareciendo al frente de cada número de aniversario durante casi setenta años, convirtiéndose en rostro y símbolo *ad nauseam* de la revista. A partir de 1994 la tradición ha conocido una reinterpretación postmoderna que ha ido haciendo adquirir al conspicuo Eustace nuevos avatares como mujer, gángster, joven barriobajero... en una suerte de chiste privado para lectores avisados como lo fueron las apariciones de Hitchcock en sus películas o las menciones al Imperio Austro-Húngaro en las de nuestro Berlanga.

*The New Yorker* acaba de cumplir 75 años, que no es poco, y ha sacado desde luego su tradicional número doble de aniversario, en esta ocasión con la pompa correspondiente a unas bodas de platino. Y por supuesto con una nueva reencarnación de Eustace en portada, a cargo esta vez del fotógrafo William Wegman, que como es de esperar ha sustituido el afilado rostro del personaje por el igualmente familiar de uno de sus célebres y multifacéticos *weimaraners*, igualmente ataviado por otro lado de chistera, levita y monóculo para examen de una mariposa que, cómo no, tiene también cabeza de perro.

Se han multiplicado las páginas de celebración. La propia revista irá publicando durante este año trozos de algunos de los mejores artículos y relatos aparecidos hasta ahora, al tiempo que su actual director (más bien lo que en inglés se llama *editor*, que no es exactamente lo mismo), David Remnick, ha editado en Random House una recopilación de semblanzas, *Life Stories, Profiles from The New Yorker*, y otra de relatos neoyorquinos, *Wonderful Town, New York Stories*. Otros cinco libros que tienen que ver con la revista acaban de salir también al mercado, con lo que son ya más de veinte los que se han escrito sobre el semanario neoyorquino.

Pocas publicaciones se han hecho acreedoras de tanto prestigio. Durante años *The New Yorker* ha sido sin duda la revista con más marcada personalidad del panorama editorial de Estados Unidos y una institución imprescindible en su cultura. Ha contado además con un numeroso pero selecto público fiel, habitualmente más de medio millón de lectores —cifra impresionante para una publicación «seria»—, sobre todo de burguesía acomodada, ilustrada y progresista, para quienes el hecho de que el *New Yorker* publique una pieza es motivo suficiente para leerla, aunque no tuvieran interés previo alguno en el asunto y nunca se les hubiera ocurrido leer algo similar en otra revista.

No es fácil clasificar al *New Yorker*. Ha publicado magníficos relatos, muchos de ellos obras maestras, de buena parte de los mejores escritores norteamericanos de este siglo y contado con colaboradores habituales como John Cheever, John Updike, Irwin Shaw, J. D. Salinger o Vladimir Nabokov, pero no ha sido nunca una revista literaria; como no lo ha sido tampoco de humor a pesar de sus famosos y conspicuos chistes y de dibujantes del prestigio de Saul Steinberg o Helen Hokison; ni una guía cultural, a pesar de contener cada semana un listado de acontecimientos y espectáculos en la ciudad; ni un semanario de chismes a pesar de la habitual y esperada sección *Talk of the Town*. Ni siquiera ha sido el *New Yorker* una tradicional revista de reportajes o de actualidad, aún habiendo contado con reporteros y corresponsales tan de primera fila como Richard Rover, A. J. Liebling, Janet Flanner o Robert Shaplen. Ni tampoco, a pesar de su público mayoritariamente intelectual y demócrata, puede decirse que haya sido un foro de la intelectualidad progresista, refugiada más bien en revistas como *Partisan Review*, *The Nation*, *The New Republic* o *Commentary*.

Y sin embargo, aunque al final sea precisamente el hecho de aparecer en el *New Yorker* el único rasgo unificador de las piezas que publica, no cabe duda de que la revista tiene una personalidad propia tan inconfundible e identificable como posiblemente difícil de definir. Fueron Harold Ross, fundador y editor hasta 1951, y su sucesor desde entonces, William Shawn, quienes imprimieron al *New Yorker* el estilo de funcionamiento que caracterizó sus años de gloria y llegó a convertirse en marca de fábrica: un criterio de selección de las piezas tremendamente exigente e independiente, una rigurosa comprobación de cada detalle factual y una meticolosa edición de cada texto, que podía llevar hasta semanas de continuas e interminables enmiendas y mejoras formales en busca de la más correcta prosa. Había además todo un código tácito y consuetudinario de normas, como las de no publicar textos obscenos o groseros, que ninguna pieza se refiriera a sí misma o a su proceso de elaboración, no ilustrar los

textos con fotografías o no escribir sobre nadie que no quisiera que se escribiera sobre él.

En 1985 Advance Communications, la empresa propietaria de Condé Nast (los dueños de *Vogue* y *Vanity Fair*, para que se hagan idea) y de Random House, compraron la revista, que quedó encuadrada en Condé Nast, y en 1987 decidieron cesar a Shawn y nombrar en su lugar a Robert Gottlieb, que trabajaba hasta entonces como editor de Knopf. Para mucha gente a partir de ahí comenzó un declive que se convertiría ya en debacle con Tina Brown (1993-98), la ejecutiva agresiva que había dirigido con poco éxito *Vanity Fair* y que terminaría por acabar con el estilo fundacional que durante años había animado al *New Yorker*.

Son por supuesto las épocas de Ross y Shawn las que fascinan a los autores que se han interesado por escribir sobre *The New Yorker*. Los clásicos son *Here at the New Yorker*, de Brendan Gill, y *The Years with Ross*, de James Thurber. En los últimos años han aparecido la biografía de Ross *Genius in Disguise*, de Thomas Kunkel, y los libros de memorias de Lillian Ross, *Here but not here*, y de Ved Mehta, *Remembering Mr. Shawn's New Yorker*. Coincidiendo con el aniversario se han sumado *Letters from the Editor, The New Yorker's Harold Ross*, una recopilación de cartas de Ross editada también por Thomas Kunkel (Modern Library) y *About Town, The New Yorker and the World it Made*, de Ben Yagoda (Scribner), una historia del semanario a partir de sus archivos, accesibles ahora en la Biblioteca Pública de Nueva York.

Pero la causante de que a Eustace y al *New Yorker* se les haya puesto cara de perro en tan egregia ocasión ha sido posiblemente Renata Adler, novelista y crítica literaria de tremendo prestigio y un cierto aire legendario de *enfant terrible*, y colaboradora de la revista durante más de tres décadas. Tras trece años de silencio literario ha publicado *Gone, The Last Days of The New Yorker* (Simon&Schuster), donde sin respeto alguno por sus venerables 75 años se embarca en una diatriba sobre lo que ella entiende ha sido el prolongado proceso de declive que ha llevado al *New Yorker* a ser ahora apenas una revista más. Y de paso lanza mandobles a diestro y siniestro contra buena parte de las figuras más relevantes tanto de la vieja guardia, incluido el propio Shawn, como de la época Condé Nast.

No podía empezar de una manera más directa: «Mientras escrito esto, *The New Yorker* está muerto. Todavía sale cada semana o casi cada semana. Hay los llamados números dobles que se parecen, por su formato, a las revistas mensuales de moda y que son 'dobles' no en cuanto al contenido sino sólo en cuanto a la duración: duran en los kioscos una semana más. Por lo demás, ningún otro signo característico de la revista permanece».